

Pinturas rupestres de Albarracín

En una de mis habituales visitas a Teruel, durante este último verano, paseando por ese encantador lugar de encuentros que conforma el entorno de la Plaza del Torico, vi en un escaparate de una tienda del Tozal, una bonita colección de losetas de rodano, con reproducciones de las pinturas rupestres de Albarracín.

Me dijeron que esos trabajos son de un artista de Albarracín. Un trabajo que me parece muy interesante y meritorio, tanto por lo que supone de labor propagandística de la propia tierra, como por lo que pueda suponerle económicamente al artista. Y es lógico que así suceda, que a la vez que uno saque unos dinerillos, arrime el ascua a su sardina, pues nadie trabaja solamente por amor al arte, por muy acendrado que sea su amor al arte.

Y qué quieren ustedes que les diga. Cada uno gusta de hacer las cosas a su modo y capricho, y no tiene obligación de dar cuenta a nadie del por qué lo hace, si el resultado le satisface. Pero seguro que muchos habrán pensado que además de la leyenda genérica de Pinturas Rupestres de Albarracín, debería indicar los abrigos de donde proceden, aunque es muy posible que lo lleven al dorso.

Pero que me perdone el artista por meterme donde él no me ha llamado, pero es que también a mí me gusta arrimar el ascua a mi sardina.

En ese escaparate, y junto a sus hermanas, quedarían muy bien esa pareja de ciervas blancas, las más bellas de la Sierra de Albarracín; el perfecto y elegante ciervo rojo, amén de otras pinturas más, de los abrigos de Las Tajadas de Bezas, que por los años cuarenta y tantos, el esforzado arqueólogo Ortego, y una pareja de no menos esforzados muchachos de Bezas, tuvimos el honor de descubrir.

Anímate, querido albarracinense, y si deseas enriquecer un poco más la memoria, yo te facilitaré datos de todo lo que ocurrió en aquellos años, sobre cómo se descubrieron las pinturas, información que, desgraciadamente, yo solo puedo darte hoy de palabra y como protagonista de los hechos.